

El suplemento de cultura: Vehículo esencial en la crítica literaria contemporánea

*Antonio Rodríguez Jiménez**

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA

Resumen:

Este artículo trata de demostrar la influencia de la crítica literaria en los suplementos culturales desarrollados en España en los últimos veintidós años. Se hace un recorrido por la historia reciente de los suplementos, tanto nacionales como provinciales, se establece un estado de la cuestión de la crítica literaria en general, se analiza el papel crítico desempeñado por los periódicos, y se trata de demostrar las aportaciones que desplegaron este tipo de publicaciones en ciudades de provincia. A partir de ahí se analizan las contribuciones del suplemento de *Diario Córdoba*, *Cuadernos del Sur*, para llegar a la conclusión de que una serie de factores de calidad, de buenas firmas y de sosiego a la hora de afrontar el estudio de los libros sitúa a esta publicación como una de las más destacadas y rigurosas en el campo del pensamiento, la literatura, la creación y la propia crítica literaria.

Palabras clave:

Crítica literaria, Periodismo, Suplementos de Cultura, *Cuadernos del Sur*, *Diario Córdoba*.

Supplement of culture: Essential vehicle in contemporary literary criticism

Abstract:

This article seeks to demonstrate the influence of literary criticism in cultural supplements developed in Spain in the last twenty-two years. It is a historical journey through the recent history of supplements, both national and provincial, establishing a state of the art of literary criticism in general, discusses the critical role played by the newspapers, and seeks to demonstrate the contributions that deployed such publications in provincial towns. From there we analyze the contributions of supplemental Córdoba Journal, *Cuadernos del Sur* to reach the conclusion that a number of quality factors of authors with calm voices when facing the study of books situate this publication as one of the most prominent and rigorous in the field of philosophy, literature, creation and literary criticism itself.

Key words:

Literary Criticism, Journalism, Cultural Supplements, *Cuadernos del Sur*, *Diario Córdoba*.

El libro *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*, de César Antonio Molina¹, es el resultado de la primera tesis doctoral (leída en 1987 en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid) sobre prensa literaria en los medios de comunicación, donde presenta una amplia panorámica de la prensa literaria a lo largo de finales del siglo XIX hasta mediados del XX. Se centra especialmente en las revistas, aunque estudia también los suplementos literarios, que en esos años no tuvieron aún el vigor desarrollado en décadas posteriores. Molina define la prensa literaria como aquella que «se ocupa específicamente del desarrollo, divulgación, crítica y creación de esta parcela del conocimiento humano»². Divide la prensa literaria en

tres apartados: periódicos de las letras, revistas y suplementos literarios y páginas de libros o culturales de la prensa diaria. Es ahí, en ese tercer apartado, donde se pretende profundizar para concretar la labor desarrollada por *Cuadernos del Sur*, aunque antes se intentará presentar en el plano nacional. Es necesario advertir que la investigación metodológica e histórica de la prensa literaria —y en esto hay coincidencia plena con Molina— es complicada debido a lo difícil que resulta reunir esas páginas perdidas entre miles y millones de los periódicos.

La prensa literaria en España abarca desde parte del siglo XIX hasta la actualidad y se da la circunstancia de que se ha producido, sobre todo en los comienzos, una

miscelánea de géneros tan curiosa como compleja, ya que era fácil asistir a cierto panorama de la confusión en lo referente al revoltijo de prensa cultural y literaria. En este sentido, podían verse junto a trabajos de creación o de crítica, otros relacionados con temas científicos, filosóficos y también sociales y políticos.

Sostiene Molina que la prensa literaria ha servido de puente entre la literatura y el periodismo. Durante años algunos escritores y críticos contemplaron las publicaciones literarias periódicas como algo si no despreciable, sí poco serio, como fueron los casos de Marañón y de Ménéndez Pelayo, que veían el formato libro como algo sagrado e impenetrable, frente a detractores que veían en la revista literaria –o, posteriormente en el suplemento– un órgano vivo en la realidad de su tiempo. En este sentido, uno de los grandes defensores fue Guillermo de Torre, que en su libro *Del 98 al Barroco* dijo que «todo genuino movimiento literario, todo amanecer, ha tenido indefectiblemente su primaria exteriorización en las hojas provocativas de alguna revista, y, recíprocamente, puede volverse la oración por pasiva y afirmar que todo escritor o todo periodo sin expresión previa en revista, no merece ser tomado en cuenta, salvo excepciones. La revista anticipa, presagia, descubre, polemiza. ‘Las revistas jóvenes son los borradores de la literatura del mañana’, dijo Valéry Larbaud»³.

La defensa a ultranza y el conocimiento sobre la historia de las revistas literarias tiene dos máximos exponentes en España: Domingo Paniagua —autor de *Revistas culturales contemporáneas*⁴— y Fanny Rubio —*Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*⁵—. Fanny Rubio ha calificado a los estudiosos de revistas como entomólogos por la dificultad que encierra.

Los suplementos literarios, hasta llegar a convertirse en un cuadernillo identificable e independiente que se embucha en el periódico y aborda temas concretos, en el que se insertan trabajos de creación, de opinión⁶, panorámicas o entrevistas⁷, entre otros apartados, han llevado a cabo un recorrido desde lo general hasta lo particular, pues durante mucho tiempo todo se mezclaba y formaba parte de un conglomerado donde se daban noticias culturales. Había una parte más específica donde se publicaban críticas de teatro, cine, arte o música y hasta novedades editoriales. Pero lo que se entiende por suplementos literarios nació con el nombre de folletón. En el año 1800, Julio Geoffroy creaba el *feuilleton*, que era una parte separada del periódico dedicada al mundo de las letras, como señala Molina: «Ortega y Gasset y otros, al referirse a estas hojas también mencionan el término

folletón»⁸, aunque hoy día ya se le conoce definitivamente por suplemento, pues el término folletón se utilizó para designar a la novela por entregas. Los suplementos responden a la definición filológica señalada por Molina que considera esta publicación como «hojas extraordinarias de un periódico, necesarias pero prescindibles, aunque hoy día hayan pasado a formar parte indisoluble del diario moderno»⁹. Estas palabras las escribía Molina a finales de los años 80 y hoy, en el año 2013, la tendencia es la desaparición o reducción de los suplementos literarios en aras del gasto de papel o del empuje imparable de los diarios digitales y otros argumentos de los editores de periódicos.

El caso de suplemento más antiguo de la prensa española fue el de *Los lunes del Imparcial*, que nació en las últimas décadas del siglo XIX, siendo una hoja de opinión sobre temas culturales en general y que se convirtió con el tiempo en lugar de crítica, opinión literaria y creación. Posteriormente, diarios como *El Sol*, *La Libertad* o el *Heraldo de Madrid* dedicaron sus páginas a la literatura casi exclusivamente.

Molina recoge unas curiosas palabras de Miguel Pérez Ferrero, coordinador de las páginas del *Heraldo de Madrid*, donde dice: «El interés por lo literario en España, fuera de las clases profesionales, no es muy grande que se diga, por desgracia»¹⁰. La situación, pues, en relación a la actualidad es bastante semejante, como se tratará de demostrar más adelante. En aquella época el contenido de las páginas de los suplementos respondía a la crítica literaria, a la información y a la creación. Hoy día apenas se publica creación en los periódicos, aunque las dificultades de los responsables de los suplementos sí eran similares a las actuales, pues se encuentran con el problema de la falta de espacio, los compromisos y el desinterés en cuanto a la publicidad, por parte de las editoriales. Estos problemas ya los señala Molina hace más de veinte años y siguen siendo idénticos hoy día.

De aquellos primeros años los suplementos literarios más interesantes fueron los que editaban periódicos –años 20 y 30– como *El Imparcial*, *El Sol*, *El Liberal*, además de otros como *La Jornada* y *La Correspondencia*.

En la primavera de 1992 representantes de los suplementos culturales del momento en la prensa española se reunieron bajo los auspicios de la Fundación Juan Ramón Jiménez, la Diputación de Huelva y el Patronato del V Centenario y bajo el título general de *Suplementos culturales al inicio de un milenio*, se abordaron esencialmente las perspectivas de subsistencia y de futuro ante la entrada del

³ DE TORRE, G., *Del 98 al Barroco*, Madrid, 1969, p. 15.

⁴ PANIAGUA, D., *Revistas culturales contemporáneas*, Madrid, 1964.

⁵ RUBIO, F., *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, Madrid, 1976.

⁶ MARTÍNEZ MONTÓN, R. (ed.), *Textos periodísticos de opinión (1975-1996)*, Barcelona, 1998.

⁷ QUESADA, M., *La entrevista: obra creativa*, Barcelona, 1984.

⁸ MOLINA, C. A., *Op. cit.*, p. 29.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Ibid.*, p. 30.

año 2000. Líneas que hay que seguir, prioridades, incidencia social, eran algunos de los temas que convenía tratar y que nunca llegaron a debatirse, aunque la reunión sirvió para limar asperezas, conocer de cerca los mecanismos de trabajo de cada uno de los coordinadores y entrar en comunicación, como se explicaba en un artículo a modo de crónica publicado en *Cuadernos del Sur*¹¹. En el encuentro participaron César Antonio Molina (*Diario 16*), Rosa Mora (*El País*), Manuel Longares (*El Sol*), Javier Díez (*El Ojo Crítico de RNE*), José Guerrero (*La Vanguardia*), Eduardo Sugañes (*Huelva-Información*), Carlos Álvarez-Ude (*Revista Ínsula*), Alejandro Lavilla (*Metrópolis de RTVE*) y el autor de este artículo (*Cuadernos del Sur-Diario Córdoba*). En aquella reunión se definió a los suplementos –no sin razón– de «criaturas extrañas que nos sorprenden, nos irritan o nos aburren cada semana, esas publicaciones que no saben o no quieren lograr su independencia y se resignan gratamente a su lugar de complemento»¹².

De una u otra forma, el suplemento literario como tal alcanza una plenitud en los años 90, no dando ya tanto la sensación de esa especie de Cenicienta que aparece en un periódico —tras las páginas de local, internacional, sucesos, deportes y hasta de sociedad—, bella y pletórica y que de un momento a otro se va a esfumar. A partir de ese momento, cualquier periódico que se preciaba sabía que no podía renunciar a sus páginas literarias bien por prestigio de la marca o por simple necesidad cultural. Si en los años 80 los espacios literarios se habían visto sometidos a un proceso de atomización, de especialización exhaustiva, cuyo resultado final era un producto aséptico, insustancial y frío, donde en el mejor de los casos se producían buenos comentarios bibliográficos a modo de fichas, que desligaban el libro de su entorno socio-cultural, o en el peor de los casos, se limitaban a un amorfo boletín de novedades. Esa línea fría, despersonalizada, nacida de la mera ilación casual de críticas de ultimísima hora —publicándose los comentarios mucho antes de que el volumen llegue a distribuirse en los anaqueles y estantes de las librerías— parece haber cambiado, o al menos se ha situado en una especie de metamorfosis y se volvía a la idea del suplemento multidisciplinario. Y es que esa impregnación humanista parecía en los albores de los años 90 —y aún hoy estaría de actualidad— el único camino para sobrevivir en la carrera de la tecnología a ultranza y el consumismo. La primera acribillaba a la cultura tradicionalmente conocida y en el segundo se introducía la propia cultura para convertirse en un elemento altamente consumista, aunque en tiempos de crisis deja de consumirse.

Curiosamente, en las épocas de bonanza son las propias instituciones las que ayudan con subvenciones de todo tipo y facilidades, y en las épocas de crisis el ciudadano —en el paro y con el ahorro del bolsillo mermado o extenuado— es el que debe ayudar a pesar de las

circunstancias, por lo que el consumo de libros, periódicos y suplementos decae hasta cotas insospechadas. En ese momento en el que había bajado el número de revistas o empezaban ya a desaparecer, los suplementos culturales de la prensa escrita se armaban a modo de revistas culturales, en los que no faltaban temas para debate, panorámicas de movimientos culturales de actualidad, aparte de críticas de pintura, música, cine, teatro y libros. A veces incluso incluían los espectáculos, que normalmente estaban asignados a los suplementos de fin de semana. Lógicamente hay una distinción entre el suplemento de medio de comunicación nacional y el de provincias. El primero lucha por expandirse al máximo y el segundo, sencillamente por sobrevivir, de ahí que durante toda la década de 1990 surgieran docenas de suplementos literarios y desaparecieran, a lo sumo, tres o cuatro años después. Tanto en unos como en otros, pero sobre todo en los principales periódicos, era fácil ver una colaboración exhaustiva entre las editoriales y grupos de poder. Se observaban críticas con cierto velo de papanatismo, silencios, «solapismo», críticas livianas, intrascendentes e impropias de medios de envergadura. También era fácil observar el provincianismo madrileño, el amiguismo descarado o la dependencia editorial, aunque también había firmas de prestigio, artículos de calidad, rigor, muchos medios humanos, que difuminaban los defectos señalados. Sin medios, con los mimbres del cesto existentes, y sin posibilidad de mejorar en los fichajes, el reto de los suplementos de provincias era luchar con el esfuerzo personal y desinteresado de sus colaboradores para hacer un producto lo más puro posible, de espaldas a las contaminaciones existentes en el ambiente. Desde 1986 *Cuadernos del Sur* se adelanta a esa idea de suplemento global, que aglutina pensamiento, música, artes plásticas, teatro y cine, entre otros temas. El suplemento de provincias posee ciertos servilismos ajenos al suplemento nacional, como es dar noticia de una muestra artística de una galería local o un libro publicado por la Diputación correspondiente que difícilmente saldría reflejado en el nacional, salvo excepciones.

Ya se preguntaba en el seno de aquella reunión sobre el futuro de los suplementos literarios y todos lo apoyaban como medio eficaz muy válido para analizar el hecho cultural, aunque ya se decía que su futuro y entrada en el nuevo milenio era incierta. Si bien en los primeros años —hasta los albores del siglo XXI— se mantuvieron aquellas páginas en muchos periódicos de provincias donde habían nacido y crecido muy prolíficamente, luego, con la crisis de la prensa fueron desapareciendo paulatinamente tras reducirse una y otra vez y convertirse en el mejor de los casos en rincones de pequeñas gacetillas, en su disipación total o en su transformación en beneficio de la información, desapareciendo la crítica y en su lugar informar sobre presentaciones o en realizar entrevistas y limitarse a reproducir las notas editoriales, aunque se siguió informando

¹¹ *Suplemento Cuadernos del Sur*, nº. 245, 5-III-1992, pp. 26-27 (IV-V).

¹² *Ibid.*, p. 27.

sobre música, cine, arte, al ser productos más vendibles desde el punto de vista del consumo.

En aquella reunión, el que muchos años después fuera ministro de Cultura, César Antonio Molina, realizó un recorrido por la historia de los suplementos literarios en España, destacando la importancia de la prensa literaria en la sociedad española y subrayando su autonomía precisa y reconocida. Defendió la importancia de la prensa y dijo que hay que acudir siempre a ella para tener un conocimiento global de la realidad, alejándose del concepto efímero que siempre se le adjudica. Serán no solo los lectores actuales, sino los del mañana los que juzguen la labor periodística. Por su parte, Carlos Álvarez-Ude¹³ reivindicó el mayor tratamiento de la poesía frente al espacio dedicado a la narrativa. Criticó a los suplementos que se dedicaban exclusivamente a promocionar libros de su grupo editorial. La representante de *El País*, Rosa Mora, desmitificó el poder de influencia que se le atribuía a su diario y dijo que los mecanismos de selección eran más sencillos de lo que pudieran parecer.

Thomas S. Eliot en su famoso libro *Función de la poesía y función de la crítica* dijo que la crítica no podía considerarse como una verdad inmutable sino como algo sujeto a las verdades cambiantes de las épocas. La crítica se hacía desde la historia, pero no desde un planteamiento arbitrario o caprichoso, sino como visión de una cada vez más amplia comprensión del valor de la literatura. Las palabras de Eliot son sagaces sobre ese particular: «Acaso el estudio de la crítica como un proceso de adaptación, y no como una serie de azarosas conjeturas, nos ayude a extraer alguna conclusión acerca de lo que es permanente en poesía y lo que es expresión del espíritu de una época y descubriendo lo que cambia y cómo cambia y por qué, acaso lleguemos a aprehender lo que no cambia»¹⁴. Eliot aceptaba las permutas de la realidad, los giros de los tiempos e, incluso, las modas sociales. Hablaba de la readaptación crítica.

Esta adaptación pragmática de Eliot desde la teoría a la realidad histórica no puede olvidarse de la trascendencia que los medios de comunicación social han adquirido en los tiempos actuales a la hora de decidir el valor de uso y de cambio de los textos literarios. Las zonas de luz y las sombras son ahora una decisión que corresponde a los mediadores entre la literatura y el público. Y en esa mediación, el agente cultural de un periódico se permitirá distinguir entre lo que sus clientes deben ver o deben ignorar de acuerdo con unas premisas en las que puede permitirse la existencia de cualquier componente lógico o arbitrario excepto el de la ingenuidad. Como en tantas otras cosas, la orientación de la literatura la dan hoy —muy por encima de la voluntad de sus creadores— los periodistas culturales

que certifican su difusión y presunta calidad. En este sentido, afirma Alberto Blecua en su libro *Manual de crítica textual* que «la transmisión de la obra literaria va a desarrollar los rasgos más distintivos que apuntaban a partir de la segunda mitad del siglo anterior. El espectacular avance de la prensa periódica, los nuevos adelantos técnicos de la impresión, la aparición del escritor profesional y la ampliación y, a la vez, diversificación del público lector, son, en conjunto, los factores nuevos que incidirán de forma terminante en la creación y en la transmisión de la obra literaria»¹⁵. Este relativamente nuevo marco de relaciones ha hecho crecer la responsabilidad de los medios de comunicación, tanto indeterminados como específicos, de una manera decisiva para la literatura. Los «magazines» de la televisión, las tertulias culturales de la radio, las revistas de amplia tirada y los suplementos culturales de los grandes periódicos, han adquirido cotas de influencia que pueden conseguir el éxito de un libro o de un autor del mismo modo que pueden sumir en el silencio a otros sin más diferencias aparentes de calidad que la decisión de los intermediarios culturales en favor de uno y demérito de otros.

La importancia y el valor decisivo que los suplementos literarios adquieren a la hora de decidir quiénes y por qué son los valores apoyados en la poesía actual, aconseja revisar qué está pasando y qué condicionamientos generales y específicos deben su orientación como un elemento clave del mercado de valores en que nos movemos.

Algunos críticos que ejercen de tales en nuestro país hablan de la existencia de una crítica inmediata o militante cuya misión —dice Ricardo Senabre— es ofrecer una selección de lo más representativo y una orientación valorativa, a pesar de lo que al respecto plantee cierta crítica académica, a la que le resulta imposible cumplir la importante función social que desempeña la inmediata, por lo que no debe actuar el crítico con frivolidad o malevolencia. El también crítico de *ABC* y profesor Darío Villanueva distingue entre crítica pública y universitaria, y justifica y fundamenta la necesidad de que los intelectuales colaboren habitualmente en los medios periodísticos practicando lo que él denomina una crítica pública. Y dice que la frontera entre ambos tipos de crítica se está difuminando en España cada vez más, perdurando la actitud desautorizada del escritor hacia el crítico. Y la verdad es que se está dando un rechazo académico hacia lo contemporáneo frente a una verdadera legión de críticos cuya actividad es rigurosamente contemporánea. Por su parte, el profesor José María Pozuelo ha asegurado que la crítica literaria está sometida a los mismos cambios que el periodismo, lo que significa que nos encontramos ante una crítica sometida al libro en cuanto acontecimiento u objeto noticiable, que convierte las páginas de los suplementos en escaparates de corta vida y no es el

¹³ Álvarez-Ude era el redactor jefe de la revista *Ínsula*. Falleció el 8 de febrero de 2010.

¹⁴ ELIOT, T. S., *Función de la poesía y función de la crítica*, Barcelona, 1990.

¹⁵ BLECUA, A., *Manual de crítica textual*, Madrid, 1988, p. 32.

soporte de una crítica que, sin prisas, se elabora a partir de una concepción más abierta de la cultura, menos fungible¹⁶.

La crítica de poesía en los medios de comunicación ha pasado de ser la hermana pedigüeña (los libros de versos no se reseñaban en los periódicos y sólo aparecían críticas tras ruegos y recursos a amigos o a través de la presión de las escasas editoriales de peso en este sector) a la guinda de un pastel.

El caso es que si nos remontamos a hace un siglo la poesía, tanto en su vertiente crítica como en la creativa aparecía con naturalidad en periódicos y revistas. En los años 50 se pudo, aún, sin distinguir entre los buenos y los malos escritores, porque había una crítica que señalaba, inmisericorde, los buenos productos y condenaba todo aquello que no alcanzaba el alto listón de las calidades imprescindibles. Luego, la guerra de las ideologías, las facciones, los compromisos políticos determinaron que la bondad o maldad del producto literario lo fuera en función del bando en el que se militaba. La imprescindible independencia crítica fue sustituida por otra que antepuso adscripción ideológica a evidencias y valores literarios. Y de ahí, dinamitados los conceptos de valor, calidad, personalidad y originalidad en aras de los intereses políticos, se llegó a una situación por la cual el más habilidoso artesano en el mester de la simulación era proclamado excelente escritor y como tal se le trataba. Se anhelaba una crítica capacitada, independiente, seria, imparcial, rigurosa, existente en contadas excepciones. Y proliferaba la reseña impresionista, bisoña, amiguista, parcial y clientelista. ¿Por qué los críticos de poesía no han valorado el estilo como expresión de diferencia; la originalidad, como creatividad renovadora, la honradez, como contenido básico de la actividad creativa?

En cuanto a la crítica, prácticamente los suplementos literarios han ido sustituyendo a las viejas revistas. El nuevo soporte -aunque veterano- ha permitido que la revista literaria viajara al ritmo del periódico. Había, lógicamente, excepciones de revistas literarias que permitían generosos espacios a la poesía, pero que solían compartir con otros géneros, y a nivel creativo la revista poética ha dejado de ser tan necesaria, porque el poeta ya no demanda tanto la publicación parcial de sus versos, porque piensa en estricto sentido comercial. Es decir, preserva sus versos para los cientos de concursos literarios como una de las fórmulas para ver impresa su poesía y ganar de paso unos emolumentos adicionales. Por lo que se refiere a las revistas, pues, en relación con las editoriales y el público lector, la publicación tuvo en décadas pasadas una trascendencia menor, por lo que se desarrolló cierta actividad frenética y crítica en los suplementos literarios. Hubo una realidad palpable: No existió libro de creación literaria que no pasase por los medios de comunicación. Todo lo que no tenía un espacio en la radio, en la televisión y especialmente en los

suplementos, no existía. Pero ahí es donde está el problema, que la parte mediática ha estado tradicionalmente en manos de un reducido número de críticos que han convertido en estrella esos medios, y en virtud de que ellos presten atención a los libros son o no de actualidad. Se trata de críticos muy potenciados por determinadas editoriales, que a su vez han lanzado líneas que se han ido adaptando a los gustos estéticos de esos críticos. Pues bien, al aumentar los lectores, la literatura podía aspirar a una difusión más universal. Y, sin embargo, se ha desaprovechado ese nuevo canal.

Por otro lado, y en algunos casos, el comentarista de libros, el articulista ha ido mejorando su calidad, al adaptarse, porque el periódico se convirtió en casi el único medio de difusión escrita, lo que le ha obligado a ejercer una escritura rápida, de reflejos y de calidad. Podrá pensarse que la prisa, la urgencia del crítico de periódicos ha beneficiado la calidad de los artículos de revistas, y, paradójicamente, no es así, sino que el nerviosismo se contagió provocando que ya no se pudiera distinguir si un artículo se publicaba en uno u otro medio -con la única excepción de la extensión de las reseñas bibliográficas-, hasta el punto de que por un singular sistema de emulación, algunas revistas adoptaron a finales del siglo XX el atomismo típico del periódico, reproduciendo algunas críticas breves y de escaso calado. Excepto varias revistas nacionales -sobre todo veteranas-, ya apenas se diferenciaron del suplemento literario.

Probablemente queden excepciones en los suplementos de la periferia, no tan acuciados por la prisa de una actualidad inexistente marcada por la producción editorial. Se han dado casos en los que podemos leer excelentes críticas -reconocidas por los propios autores, críticos, lectores y editores- en suplementos sencillos que, al margen de cualquier interés comercial, se han publicado en capitales de provincia. Al igual que en los grandes periódicos, no todo es negativo, ni mucho menos. Simplemente porque en esos casos se disfruta del texto que se lee. La crítica adquiere un carácter lúdico y es libre, y entonces se convierte -si el crítico lo desea- en creación. El arte de la elucidación del texto, ese que invita a las mil interpretaciones, no puede perderse. Sólo se desarrolla cuando se ahuyenta la prisa y se frena el enigma de la inquieta actualidad. Afortunadamente, en los últimos años, la revista académica ha vuelto a recuperar su valor cualitativo gracias a las instituciones universitarias.

Es objeto de crítica también esa práctica generalizada en algunos medios de comunicación, consistente en cautivar los libros. Dicha práctica se ocupa de silenciar excelentes libros bajo la excusa de que es mejor no hablar de una obra antes de hacerle un comentario negativo. ¿Dónde está, entonces, el debate, la polémica?

¹⁶ POZUELO YVANCOS, J. M., *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, 1988.

Sobre el silencio crítico ahonda el profesor granadino Antonio Chicharro en un estudio titulado *Alto y claro o contra el silencio crítico literario*. Chicharro escribe que se está produciendo una devaluación de la función social originaria del crítico. Vivimos, pues, una situación de apagón crítico que alcanza a otros frentes de la vida social. Subraya que la probable desaparición de una figura social surgida con la burguesía para cuya sociedad resultaba un asunto vital la discusión pública de normas culturales. «Los críticos, seres ya míticos, han abandonado el escenario de la sociedad porque ya nadie tiene necesidad de ellos, siendo sustituidos, con la pasividad cómplice de los escritores, por pedagogos y agentes de la circulación»¹⁷. Añade Chicharro que de su lectura deducimos que sin consumo no hay producción crítica y dialécticamente sin producción crítica no hay consumo, lo que plantea la necesidad de crear un público «crítico» y no un mero comprador de libros por su grado de fama o cuota de imagen de pantalla. Los malos vientos para la crítica vienen de la imposición de criterios mercantiles, cuando las páginas de los suplementos literarios de los periódicos se pliegan a la ley del gran público que somete a su vez a dichos medios a un proceso de fetichización, lo que termina desvirtuando el acto crítico al someterlo al juego del poder del mercado y del mercado del poder.

Destaca el profesor Chicharro que existe «una conciencia acerca de la crítica literaria periodística practicada en nuestro país como un discurso abocado al silencio, es decir, que a pesar de hablar termina por no decir: un discurso devaluado, privado de su supuesta eficacia originaria»¹⁸. Invita, pues, a buscar fórmulas para contribuir a evitar la ley del silencio -tan patente ya en relación a los libros de poesía y a otros libros que no publican las grandes editoriales-, la ley del mercado que no habla, y por tanto la situación actual tendente al apagón crítico. Todo ello en un momento histórico de fuerte concentración de poder que afecta a la producción de la información y de la cultura.

Añade Antonio Chicharro que si la crítica en tanto que práctica e institución social surgió para atender, producir y reproducir necesidades básicas que se querían dominantes en el tejido de la vida social, en el proceso de implantación del modo de producción capitalista y en el de creación de un mercado y público literarios, esto no quiere decir que, por encontrarse dicho proceso en un momento de autosuficiencia, poder y escaso riesgo, se tolere encubierta desaparición, pues sin la fuerza de la razón crítica no es posible la crítica de la crítica y otros consecuentes saltos cualitativos. «Es necesario, pues, responder al reto de evitar una sociedad monopolizada y generadora de un discurso único. Se está haciendo ahora más necesario que nunca hablar alto y claro»¹⁹.

También se quejaba hace varios años durante su participación en el Congreso de Narrativa Andaluza, celebrado en Castro del Río, el crítico y profesor Santos Sanz Villanueva, asegurando que la crítica ya no tiene el papel de mediadora que tuvo en el siglo XIX e incluso hasta mediados del actual. Sostenía en un debate que el crítico era aceptado en una determinada escala de valores que ya no existe. El crítico literario ocupaba una parcela volcada hacia el lector fundamentalmente, cuando ahora da la sensación de que tiende a hacerle guiños al editor.

En definitiva, es necesario insistir en la defensa de una crítica rigurosa, honesta, culta, seria, que sepa tratar con talento y lucidez la obra objeto de comentario. Se detesta la crítica sabionda, descarada, autosuficiente, despreciativa y procaz que realizan algunos comentaristas literarios muy conocidos. Existe bibliografía reciente que ilustra a la perfección -con múltiples ejemplos- acerca de los deslices que cometen algunos críticos. Un volumen clave en este sentido -lleno de gracias y, también, cómo no, de algunos errores- tiene una cualidad excepcional: su autor -un maestro de escuela- se atreve a decir lo que ningún autor se atrevería siquiera a señalar por temor a represalias: «¡Eh, que el rey va desnudo!». La referencia es sobre el libro de Víctor Moreno *De brumas y de veras. La crítica literaria en los periódicos*. Como es lógico, la noticia crítica sobre la aparición de este volumen, publicado en 1994 por la editorial Pamiela en Pamplona, no tuvo trascendencia alguna. Lo que viene a reforzar la idea de poder que se trata de atribuir a algunos críticos en esta exposición de hechos literarios y periodísticos.

Conviene detenerse en algunas apreciaciones que señala Víctor Moreno, que ya al margen de su propio libro, hace hincapié en cómo a los críticos les encanta buscar acuerdos y armonías generales entre su discurso y la práctica concreta de los propios escritores. Dice que se trata de aplicar el propio discurso a la realidad, tratando en plan procustiano de encajarla en los esquemas que uno posee. «Si la realidad no se doblega a ellos, si se muestra machaconamente contraria a las personales coordinadas mentales, es que, la pobrecilla, está equivocada»²⁰. Las palabras, entonces, ocupan el lugar de los hechos. Primero se teoriza y después se experimenta. Es decir, «lo que muchos de ellos, académicos y catedráticos, juzgarían en sus propios alumnos universitarios como burdas generalizaciones sin fundamento alguno, ellos, se las permiten sin que les tiemble el pulso de la discreción y de la prudencia investigadora»²¹. Moreno es aún más severo cuando dice que «la crítica literaria en este país está en manos de una cuadrilla de personajes que dan grima»²². Cita más adelante a Swift para decir que «un verdadero crítico tiene una cualidad común con una ramera y con un

¹⁷ CHICHARRO, A. (ed.), *Periodismo y crítica literaria hoy. Esbozo de una situación*, Sevilla, 1996, pp. 15-19.

¹⁸ *Ibid.*, p. 17.

¹⁹ *Ibid.*, p. 18.

²⁰ MORENO, V., *De brumas y de veras. La crítica literaria en los periódicos*, Pamplona, 1994, p. 23.

²¹ *Ibid.*, p. 24.

²² *Ibid.*, p. 25.

concejal: que no pierden nunca su título o su condición²³». En general, -continúa- los críticos y los escritores profesionales son seres escogidos, espiritualmente hablando. «Llevarán una vida interior muy tremenda, y se les hará la boca gaseosa citando a Séneca, Montaigne y al lucero del alba solitaria, pero, en la práctica, aspiran a ser como Muñoz Molina: todo el santo año dando la vara publicitario-moral en el púlpito de un periódico²⁴». Subraya que hay muchos críticos, pero duda que se haga verdadera crítica. Otras perlas cultivadas y humorísticas de Moreno son éstas: «Los periódicos están plagados de parlanchines que pretenden ordenar el supuesto caos y desorden en que vivimos. Intentan no sólo dirigirnos el gusto, que si es mejor que el que poseemos, bienvenido sea, si no, y esto es lo terrible, de creárnoslo mediante los argumentos más falaces. Pretenden hacernos ver que la actualidad literaria -la que los críticos inventan doblegados a las leyes del mercado y del periódico- es la realidad literaria»²⁵.

A veces, más que críticos, lo que los periódicos necesitan es buenos lectores que sepan analizar un libro y acercarlo al lector haciendo un riguroso comentario sobre ese libro y no exhibiendo una erudición a la violeta indigna y desmedida que ocupa las tres cuartas partes del comentario y dejan sólo unas líneas para transcribir la solapa de la obra comentada.

No se puede tratar a escritores magníficos con una ignorancia absoluta; no se puede sumir en la omisión a grandes escritores cuyo único pecado cometido es que no han logrado seducir a los más importantes editores para imprimir allí sus páginas. Se hace hoy -en algunos medios y por algunas personas- una crítica descuidada. Se sigue practicando con maestría el ocultamiento, el silencio. Muchos de los creadores españoles están desaparecidos, viven en el olvido.

Algunos analistas se han preguntado, tratando de encontrar en vano la respuesta ¿qué es lo que hace que un libro tenga un éxito sonado y otro pase desapercibido? ¿Qué motiva que una novela sea comentada por todos los críticos del país y otra apenas reciba media docena de reseñas en lugares dispersos? ¿Qué hace que un libro de una editorial importante siempre sea bueno para la crítica y otro de una más humilde ni siquiera sea reseñado? ¿Por qué se comentan las obras más vendidas, porque las sugieren los editores? ¿Quién decide los libros que se deben comentar?

En fin, los cánones de belleza están cambiando, pese a estar preestablecidos. El corsé del gusto ha saltado por los aires, pese a que muchos se aferran a él deliberadamente. La mayoría aplaude al mismo poema, a la misma novela que se repite una y otra vez. Como se destacaba anteriormente aquí nadie se atreve a darle una

pedrada al escaparate en cuyo interior un rey desnudo pasea con cuatro harapos. Y se limitan a ejercer la adulación a coro.

Para que un libro sea celebrado en los suplementos nacionales es necesario publicar en las más conocidas editoriales (léase Planeta, Alfaguara, Anagrama, Seix Barral, entre otras). Pasando ese filtro ya hay garantía de una mínima calidad desde el punto de vista de la crítica. El que no pasa ese obstáculo sencillamente no existe y si su nombre no aparece en los periódicos nacionales (léase *El País*, *El Mundo*, *ABC*) el eco en los periódicos de provincia es casi nulo. Es obvia la existencia comercial, la que hace que una obra pueda estar en el lugar y la hora justa para que pase el lector inquieto de turno y la compre. Publicar en las editoriales poco conocidas es esencial para determinados críticos a la hora de valorar el libro mediante un comentario. Sería desacertado sostener que los libros publicados en las grandes editoriales son malos y los de las modestas, buenos.

Junto a los grandes suplementos nacionales, donde se ejerce una crítica literaria generosa con las editoriales conocidas y apenas existen los escritores como tales, y donde prevalecen las marcas por encima de criterios de calidad, existen numerosos suplementos literarios en la periferia (cada día son más escasos). Pero buena parte de la mejor crítica literaria que se hace en este país se ha llevado a cabo en los suplementos de la periferia. Sólo en Andalucía hubo un gran número en la últimas décadas -muchos de ellos, o la mayoría, ya han desaparecido-. Se podían leer suplementos como el de *El Correo de Andalucía*, dividido en dos: uno eminentemente poético, denominado *La Mirada*, y otro más general, donde se informaba ampliamente sobre las novedades, con especial atención a los libros de autor andaluz, y que se denominaba *Libros*. El primero lo coordinaba José Luna Borge y el segundo Carmen Carballo. Ambos aparecían los viernes. Otros suplementos andaluces eran los de Málaga. *Papel Literario de Diario Málaga-Costa del Sol*. También *Diario Sur* habilitó muchos espacios para la crítica, concretamente los sábados. Otro suplemento destacado fue *La Isla*, del diario algecireño *Europa Sur*. Coordinaba estas cuatro páginas semanales Domingo F. Faílde y eran de una gran calidad. *Ideal de Granada* también poseía un suplemento cultural coordinado por Juan Vellido, que aparecía cada dos sábados. Se hacía una crítica generosa que abordaba numerosos temas al margen del mercado editorial. En este sentido hay que señalar también la labor realizada cada jueves por *Diario Jaén*, que poseía un suplemento de ocho páginas sobre arte y libros.

El más veterano de los andaluces y quizás uno de los de mayor proyección ha sido *Cuadernos del Sur* de *Diario Córdoba*, suplemento de arte y literatura cuya aparición

²³ *Ibid.*, p. 27.

²⁴ *Ibid.*, p. 29.

²⁵ *Ibid.*, p. 40.

semanal fue los jueves durante más de veinte años. Pasaron por estas páginas más de 900 colaboradores y se ha convertido en uno de los suplementos más oídos y más leídos de los que se editan en provincias.

Junto a los andaluces destacaron *Territorios* del *Correo del Pueblo Vasco*, además de los que editaba *El Heraldo de Aragón*, *El Correo Gallego*, *La Vanguardia*, *El Faro de Vigo*, *El Ideal Gallego*, *La Voz de Galicia*, *La Nueva España*, *La Provincias*, *El Norte de Castilla*, *El Filandón*, de *Diario de León*, *El Diario de Mallorca*, entre otros. Ahí en esos periódicos se ha hecho una importante labor crítica y cultural.

En los albores de los años 90 se pusieron de manifiesto serios replanteamientos de los postulados críticos en los periódicos. Se trataba de reflexionar en diversos foros sobre la utilidad de la crítica. Se puso de manifiesto en seminarios y encuentros la situación alarmante, como el celebrado en el Puerto de Santa María sobre *Literatura y Periodismo hoy*, en el que se estudió cómo el ejercicio de la crítica se había convertido en sí mismo en un subgénero literario. En este seminario estuvieron representados coordinadores de suplementos literarios y se propugnó una crítica clara de conceptos, orientadora, libre, plural y rigurosa, pero además, creativa, dinámica y vital. Estas reivindicaciones, que ya eran realidad en los suplementos de la periferia, no llegaban aún a los periódicos de tirada nacional.

La creación de distintas asociaciones de críticos fue una acertada medida que servía para descentralizar el poder de la crítica, para dar a conocer un buen puñado de libros que de otro modo no serían recogidos y suelen ser relegados en los suplementos elitistas. A través de los periódicos de provincia se pudo hablar durante un tiempo de una propuesta alternativa llevada a cabo a través de los suplementos literarios, que servía de contrapunto a una crítica acomodaticia que atendía ante todo a una imperiosa actualidad indicada y dirigida. Se intentó poner en marcha un sistema crítico con un planteamiento definido y coherente.

En un cuestionario planteado a varios escritores y críticos precisamente sobre el estado actual de la crítica literaria en España -encuesta que se publicó el 6 de abril de 1995 en *Cuadernos del Sur* de *Diario Córdoba*- Andrés Sorel, secretario de la Asociación Colegial de Escritores de España, manifestó que «los premios de la Crítica no escapan

a las leyes del mercado que rige la actual literatura. Son un reflejo de esa concepción en que publicidad, éxito fácil, imponen sus candidatos. Como mal menor, el amiguismo de quienes los otorgan y sus compromisos a la hora de fijar los candidatos. El crítico silencia lo que no depende del mercado o a sus intereses personales». En este mismo sentido, manifestaba el vicepresidente de la Asociación Valenciana de Críticos Literarios, Ricardo Bellveser, que «los premios no se han sabido adaptar a la nueva España autonómica, y sigue pesando Madrid fatigosamente, sus críticos, sus tertulias, sus grupitos, sus clanes, sus tribus, como si el resto no existiera, se contara con ellos, episódicamente como coartadas». Aseguraba que en los últimos años leemos quién va a ser premiado incluso con semanas de anterioridad a que se reúna el jurado.

Al final resulta que es importante el sello editorial a la hora de otorgar el galardón y que se valora la uniformidad, la semejanza, frente a lo distinto como rasgo de diferencia. Otros lo consideran un invento comercial que satisface la vanidad de los críticos y demuestra que todo texto es absorción y transformación de una multitud de textos, como dijo Julia Kristeva. Es ardua la labor de los críticos en los periódicos, que han de señalar cuáles son las voces y cuáles son los ecos. En una reflexión que uno de los críticos de *Cuadernos del Sur*, Francisco López Gutiérrez, hacía sobre el papel de los críticos en los suplementos a propósito de la conmemoración del número 100 de *Cuadernos del Sur*²⁶, preguntaba: ¿Cuántos años faltan para que una decena de multinacionales controlen el mercado mundial del libro? Manifestaba que los suplementos literarios de los diarios son puntos de información al consumidor. «Hoy, la metacrítica no enjuicia y valora, hace publicidad encubierta... En España publicar novela se llama Seix Barral, Planeta, Anagrama, Tusquets»...²⁷ y poco más, pues efectivamente, las editoriales influyentes son las únicas que pueden hacer llegar sus productos a todos los puntos del mercado. Acusaba a ciertos críticos de crear lo mismo el realismo sucio que la novela urbana o dejar que las librerías estén invadidas por alemanes, nipones o estadounidenses. López Gutiérrez se atrevía a decir que «los subcríticos paniaguados de los suplementos literarios del país están para homogeneizar gustos y costumbres»²⁸. Muy fuerte pero muy esclarecedor.

Cuadernos del Sur defendía en sus páginas que la crítica podía volver a tener vigencia, podía encontrar el papel de intermediario perdido, su prestigio.

²⁶ *Suplemento Cuadernos del Sur*, nº.100, 9-II-1989, p. 13.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ *Ibid.*, p. 13.